

# LAZARILLO DE TORMES

ANÓNIMO



## TRATADO PRIMERO

### *Lázaro cuenta su vida, y de quién fue hijo*

Pues sepa vuestra merced, ante todo, que a mí me llaman Lázaro de Tormes. Soy hijo de Tomé González y de Antona Pérez, nacidos en Tejares, aldea de Salamanca. Vine al mundo en el río Tormes, de donde me viene el apellido.

Ocurrió así: mi padre, a quien Dios perdone, era desde hacía más de quince años el encargado de un molino que se encuentra a orillas de ese río. Una noche, estando allí, mi madre sintió de pronto los dolores del parto y me parió, de manera que, sin faltar a la verdad, puede decirse que nací en el río.

Siendo yo un niño de ocho años, acusaron a mi padre de hacer agujeros en los sacos de quienes allí iban a moler<sup>5</sup>, para robar el grano. Lo arrestaron, y confesó y no negó. Espero que esté con Dios en la gloria, pues el Evangelio llama bienaventurados a quienes padecen la persecución de la justicia, y él fue uno de los que más la padecieron.

Por entonces, se organizó cierta expedición naval contra los moros del norte de África, entre los cuales fue mi padre<sup>6</sup>, que a la sazón estaba desterrado por el robo ya dicho. Se embarcó como acemilero<sup>7</sup> de un caballero que allá fue, y con su señor, como corresponde a un criado leal, acabó su vida.

<sup>5</sup> *Moler* era un verbo utilizado para referirse a las relaciones sexuales. Es posible, pues, que el molino sirviera para otras actividades.

<sup>6</sup> Puede interpretarse como «con los cuales fue mi padre» o como «uno de los cuales era mi padre», dando a entender que el padre era morisco.

<sup>7</sup> Mozo de mulas.

<sup>8</sup>El autor habla en sentido irónico, porque Antona Pérez va a seguir moviéndose en ambientes de dudosa reputación.

Al verse sin marido y sin protección, mi madre decidió arrimarse a los buenos, para ser como ellos<sup>8</sup>. Se fue a vivir a Salamanca, alquiló una casita y se puso a cocinar para unos estudiantes, y a lavar la ropa de unos mozos que cuidaban los caballos del comendador de la Magdalena.

Eso le llevó a frecuentar las caballerizas. Allí conoció a un hombre muy moreno, o sea, negro, de los que cuidaban a los animales, y se relacionó con él.

Ese hombre, que se llamaba Zaide, venía algunas veces a nuestra casa a pasar la noche, y se iba por la mañana. Otras veces se presentaba en la puerta durante el día, con la excusa de comprar huevos, y se quedaba un rato.

Al principio, sus visitas me desagradaban, y le tenía miedo por el color y la fealdad de su cara, pero



cuando vi que siempre traía pan, trozos de carne y leña para calentarnos en invierno, empecé a quererlo.

De su relación con Zaide, entre tanta posada y conversación, mi madre tuvo un hijo negro muy guapo. Yo lo arropaba, y también lo sentaba en mi rodilla para hacer que saltase.

Recuerdo un día en que mi padrastro estaba jugando con el niño, y este, como nos veía a mi madre y a mí blancos y a su padre negro, lo señaló con el dedo, aterrado.

—¡Madre, mira, el coco! —dijo.

Y Zaide exclamó, riendo, con una mezcla de sinceridad y de cariño:

—¡Hijo de puta<sup>9</sup>!

Yo, aunque era un crío por entonces, me fijé en aquella expresión de mi hermanito, y me dije:

<sup>9</sup> Expresión de cariño en aquella época, que también puede aludir a la condición real de la madre de Lázaro.



«¡Cuántos hay en el mundo que huyen de los demás porque no se ven a sí mismos!».

Quiso nuestra mala suerte que el mayordomo del comendador se enterase de la relación de mi madre con Zaide. Se hicieron averiguaciones y se descubrió que mi padrastro había robado la cuarta parte de la cebada que le daban para los caballos.

También faltaba buena parte de la leña y del salvado, que es la cáscara del grano de los cereales, así como los paños y las mantas que servían para limpiar y abrigar a los caballos, y que Zaide fingía haber perdido.

Y es que, cuando no tenía nada mejor que hacer, mi padrastro llegaba hasta a quitarles las herraduras a los caballos. Las vendía, y con lo poco que le pagaban, ayudaba a mi madre a criar a mi hermanito.

Si no nos extraña que clérigos y frailes hurten, respectivamente, del dinero que recogen para los pobres o de sus conventos, para ayudar a sus amantes a criar a los hijos que han tenido con ellas, ¿cómo puede asombrarnos que a un pobre esclavo como Zaide el amor le llevara a hacer lo mismo?

Se probaron todos los hurtos que he mencionado y algunos más, porque a mí me hicieron preguntas con amenazas, y yo, como era un niño y estaba asustado, contaba todo lo que sabía. Hasta llegué a hablarles de ciertas herraduras que, para ayudar a mi madre, yo mismo había vendido a un herrero.

A mi pobre padrastro lo azotaron y le echaron tocino derretido en las heridas. A mi madre, la justi-

cia le puso la pena acostumbrada, que era de cien azotes<sup>10</sup>. Además, le prohibieron entrar en casa del comendador y acoger en la suya al condenado Zaide.

Para no empeorar las cosas, la pobre sacó fuerzas de flaqueza y cumplió la sentencia. Y, para evitar nuevos peligros y dejar de ser motivo de habladurías, se fue a servir al mesón de la Solana. Allí, sufriendo mil contratiempos, crio a mi hermanito hasta que supo andar, y a mí hasta que me convertí en mozo y me pusieron a servir también.

Mi trabajo consistía en llevar a los huéspedes vino, velas y todo lo que me ordenaban. Por entonces vino a hospedarse en el mesón un ciego que, al ver mi buena disposición, me pidió a mi madre para que lo acompañase como guía.

Mi madre aceptó.

—Tratadlo con cariño y cuidado bien de él —le rogó—, que es un pobre huérfano. Tomé González, su padre, fue un buen hombre que murió en la batalla de los Gelves<sup>11</sup>, en defensa de la religión y la fe cristiana. Confío en Dios que el hijo aún será mejor que él.

—Lo tomaré, pues, como hijo y no como guía —dijo el ciego.

Y así empecé a servir a aquel hombre, que como amo era nuevo para mí, pero como hombre era bastante viejo.

Nos quedamos en Salamanca algunos días, pero, como a mi amo le pareció que ganaba poco, decidió que nos fuéramos. Antes de partir, fui a ver a mi madre. Lloramos los dos, me dio su bendición y dijo:

<sup>10</sup> Cien azotes era la pena asignada a las mujeres que vivían con hombres de otra religión.

<sup>11</sup> Hubo dos batallas de los Gelves, en Túnez, en 1510 y en 1520. Se cree que esta es la primera.

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura ser bueno, y que Dios te guíe. Te he criado y te he puesto al cuidado de un buen amo. De ahora en adelante, tendrás que valerte por ti mismo.

Me separé de ella y fui a reunirme con mi amo, que estaba esperándome.

Salimos de Salamanca. Al llegar a la entrada del puente que cruza el río hay un animal de piedra, con forma de toro. El ciego me mandó que me acercase al animal, y cuando llegué junto a él, me dijo:

—Lázaro, si pegas el oído a ese toro, oirás dentro de él un gran ruido.

Yo era algo ingenuo, y lo creí. Pero, cuando el ciego sintió que yo había arrimado la cabeza a la piedra, se acercó y me empujó contra el maldito toro con tanta fuerza, que el dolor de la cornada me duró más de tres días.

—Tonto, aprende —me dijo—, que el mozo de un ciego ha de ser más listo que el diablo.

Y se rio mucho de la gracia, que solo lo era para él.

Creo que fue en aquel instante cuando empecé a espabilarme, y desperté de la simpleza en la que, como niño que era, aún me encontraba.

«Es verdad lo que dice el ciego —pensé—. Más me vale abrir bien los ojos y estar alerta, porque ahora estoy solo en el mundo y he de valerme por mí mismo».

Echamos a andar, y en muy pocos días me enseñó la jerga que hablan los ciegos y que solo ellos entienden. Vio que yo tenía facilidad para aprender, y eso le divertía.

—No puedo darte ni oro ni plata —me decía—, pero sí buenos consejos para ganarte la vida.

Y así fue, porque, después de Dios y de mi madre, puede decirse que él me trajo al mundo y, aunque ciego, me alumbró y me inició en la carrera de la vida.

Me entretengo contándole estas niñerías a vuestra merced para mostrarle cuánta virtud hay en los hombres que son capaces de subir estando muy abajo, y cuánto vicio hay en bajar estando muy alto.

Pero he de volver a mi ciego. Sepa vuestra merced que, desde que Dios creó el mundo, nunca hubo nadie más astuto y sagaz. En su oficio era un águila. Sabía de memoria más de cien oraciones, y las decía a cambio de limosnas, en un tono bajo, reposado y tan claro, que podía oírse en cualquier lugar de la iglesia. Al rezar adoptaba una expresión humilde y devota, en vez de hacer gestos y muecas con la boca y los ojos, como otros ciegos.

Además de esto, tenía otras mil formas y maneras de conseguir dinero. Sabía oraciones para conseguir muchos y variados efectos: para las mujeres que no daban a luz, para las que estaban de parto, para que los maridos de las mujeres que eran desdichadas en sus matrimonios las quisiesen bien...

También le pedían que adivinase si las embarazadas lo estaban de un hijo o de una hija. Y, en cuanto a la medicina, se jactaba de que Galeno<sup>12</sup> no sabía ni la mitad que él sobre remedios para el dolor de muelas, los desmayos y los dolores de

<sup>12</sup> Médico griego muy influyente, que vivió durante el siglo II d. C.





matriz. En fin, que en cuanto alguien le decía que se encontraba mal, le aconsejaba:

—Haced esto o esto otro. Recoged esta hierba, tomad esta raíz.

Todo el mundo andaba tras él, especialmente las mujeres, que le pagaban bien por sus consejos y se creían todo lo que les decía. Solo en un mes ganaba más que cien ciegos en un año.

Ha de saber vuestra merced que, pese a lo mucho que ganaba, nunca vi a nadie tan avaro y mezquino. A mí me mataba de hambre, pues no me daba de comer ni la mitad de lo que yo necesitaba para subsistir.

Digo la verdad: si no me las hubiera arreglado con mi astucia y mis buenas mañas, habría muerto de hambre muchas veces. Pero, pese a todo su saber y a las precauciones que él tomaba, yo le quitaba lo que podía sin que se diera cuenta, y a veces me quedaba con la mejor parte. Para conseguirlo, utilizaba todos los trucos que se me ocurrían. Contaré algunos, aunque no siempre me salieron bien.

El ciego llevaba el pan y todas sus cosas en un saco de tela, que se cerraba por la boca con una argolla de hierro, un candado y su llave. Cuando metía algo o lo sacaba, lo hacía con tanto cuidado y tanto cálculo, que no había nadie en todo el mundo capaz de quitarle una migaja.

Yo tomaba aquella miseria que él me daba, y la despachaba en dos bocados. Pero, tan pronto cerraba el candado y se distraía, pensando que yo estaba ocupado en otros asuntos, yo descosía una costura del saco y me apropiaba de parte de su

contenido: buenos pedazos de pan, torreznos y una longaniza, y volvía a coser la costura. Luego buscaba el momento, no de repetir el engaño, sino de remediar la escasez a la que el mal ciego me condenaba.

Todo lo que yo podía sisar y hurtar lo convertía en monedas de media blanca<sup>13</sup>. Como él carecía de vista, cuando le mandaban rezar y hacían el gesto de echarle una blanca, yo la atrapaba al vuelo, fingía besarla, como se hace con las limosnas, me la metía en la boca y se la cambiaba al ciego por media blanca. Y eso que él alargaba la mano muy rápido.

Luego, al tacto, se daba cuenta de que no era una blanca entera, sino media, y me decía:

—¿Qué diablura es esta? Desde que estás conmigo solo me dan medias blancas, y antes me pagaban con blancas y a veces hasta con un maravedí. Seguro que tú eres el culpable de esta desdicha.

Siempre que podía, se ahorrraba parte de los rezos. Me había dado la instrucción de que, en cuanto se fuera la persona que le mandaba rezar, le tirase de la capa. Yo así lo hacía, y él enseguida dejaba la oración a medias y volvía a dar voces.

—¿Mandan rezar tal y tal oración? —preguntaba.

Cuando comíamos, se ponía al lado un jarrillo de vino. Yo lo agarraba, y en un instante le daba un par de besos callados, es decir, dos traguitos, y lo devolvía a su lugar. Pero me duró poco, pues al beber, acabó descubriendo que el vino mermaba, y enseguida adoptó la costumbre de tener el jarro todo el tiempo agarrado por el asa.

<sup>13</sup> Moneda castellana de muy escaso valor. Dos medias equivalían a una blanca, y dos blancas a un maravedí.



Pasé a servirme de una larga paja de centeno que tenía hecha. La metía en la boca del jarro, atraía el vino como si fuese un imán y dejaba al ciego sin una gota.

Pero, como el traidor de mi amo era tan astuto, creo que lo notó, y desde entonces cambió de costumbre. Se colocaba el jarro entre las piernas, lo tapaba con la mano y así bebía seguro.

Yo, como me gustaba mucho el vino, me moría por probarlo. Al ver que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni me servía de nada, me puse a hacer en el fondo del jarro un agujero muy fino y una fuentecilla, que cubrí delicadamente con una tortita de cera muy delgada.

A la hora de comer, yo fingía tener frío y me metía entre las piernas del triste ciego, a calentarme con la pobre lumbre que teníamos. Con aquel calor, la cera se derretía enseguida, porque era muy escasa, y el vino salía de la fuentecilla y empezaba a destilarme en la boca.

Como yo me colocaba de tal modo que no se perdía ni una gota, cuando el ciego iba a beber, se encontraba con que no le quedaba nada. Se asombraba, maldecía y lo enviaba todo al diablo, porque no entendía lo ocurrido.

—No me acusaréis, tío —le decía yo—, de ser yo quien se bebe el vino, porque no soltáis el jarro.

Tantas vueltas le dio, que al final encontró la fuentecilla y descubrió mi truco, pero disimuló como si no lo hubiera notado.

Al día siguiente, me había sentado como tenía por costumbre, sin adivinar el daño que iba a recibir ni que el mal ciego estaba al tanto. Estaba reci-

biendo aquellos dulces tragos, con la cara hacia arriba y los ojos casi cerrados, para apreciar mejor el sabroso licor, cuando el desesperado ciego comprendió que había llegado la hora de vengarse. Alzó aquel dulce y amargo jarro con ambas manos y lo dejó caer con toda su fuerza sobre mi boca. Yo me encontraba descuidado y gozoso, y sentí como si el cielo, con todo lo que hay en él, me cayera encima.

El golpe me aturdió y me hizo perder el sentido. Tan grande fue el jarrazo, que los pedazos en que se partió me cortaron y se me clavaron en la cara. También se me rompieron algunos dientes, sin los cuales hasta hoy día me he quedado.

Entonces dejé de querer al mal ciego. Seguía él apreciándome a su modo, pero no ocultaba su alegría por haberme dado tan cruel castigo. Mientras me lavaba con vino las heridas de la cara, decía, sonriente:

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo mismo que te enfermó, te cura y te da la salud.

Y añadía otras gracias, que tampoco eran de mi gusto.

Llegué a pensar que, con unos cuantos golpes así, el cruel ciego acabaría conmigo. Por eso, cuando ya casi me había curado de mis moraduras y mis cardenales, empecé a considerar la posibilidad de anticiparme y librarme de él. Pero no tenía prisa. Quería estar seguro y esperar la ocasión. Y, aunque me hubiera gustado tranquilizar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no podía, porque desde entonces me golpeaba sin causa ni razón, me daba coscorriones y me tiraba del pelo.

Cuando alguien quería saber por qué me trataba tan mal, le contaba el cuento del jarro, diciendo:

—¿Acaso pensáis que este mozo es inocente? Pues escuchad esta hazaña, a ver si no os parece digna del demonio.

Al oír aquello, la gente se santiguaba.

—¿Cómo puede un muchacho tan pequeño ser tan ruin? —se preguntaban.

Y, al conocer mi truco de la tortita de cera, se reían y lo animaban a seguir maltratándome:

—¡Castigadlo, castigadlo, que Dios os lo premiará!

Y él, animado por aquellos malos consejos, no hacía otra cosa.

Por mi parte, yo lo llevaba adrede por los peores caminos, esperando que se hiciese daño. Si había piedras, lo llevaba por ellas, y si había barro, lo obligaba a caminar por lo más profundo. Claro que, en este último caso, tampoco yo podía ir por lo seco, pero no me habría importado perder un ojo con tal de que él, que ninguno tenía, perdiese los dos.

Con el extremo levantado de su bastón de ciego me palpaba el cogote, y me daba coscorriones a la menor sospecha. Aunque yo juraba que lo hacía sin mala intención, porque no encontraba mejor camino, él no me creía. Así era el muy traidor de agudo y astuto.

Para que vuestra merced vea hasta qué punto llegaba el ingenio del ciego, le contaré un caso de los muchos que me ocurrieron con él.

Cuando salimos de Salamanca, vinimos a tierras de Toledo, porque él decía que aquí la gente

era más rica, aunque poco inclinada a dar limosnas, y citaba este refrán: «Más da el tacaño que el que nada tiene».

De camino, pasamos por los mejores pueblos. Donde encontraba buena acogida y ganancia, nos deteníamos. Donde no, partíamos a los tres días.

Sucedió que, cerca de un pueblo llamado Almorox<sup>14</sup>, en la época en que cogían las uvas, un vendimiador le dio al ciego un racimo como limosna. Y, como la uva suele ir maltratada en los cestos, y también porque ya estaba madura, el racimo se le deshacía en la mano. No podía echarlo en el saco sin que se convirtiese en líquido y lo manchase todo.

Así que el ciego se decidió a hacer un banquete, no solo porque no podía llevar encima el racimo, sino también para animarme un poco, porque aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes.

Nos sentamos en una valla del camino y me dijo:

—Lázaro, voy a ser generoso contigo. Vamos a comer este racimo de uvas a partes iguales, y nos lo repartiremos de esta manera: tú coges una vez y yo otra. Has de prometerme que solo cogerás una uva cada vez. Yo haré lo mismo hasta que se termine el racimo, y así no habrá engaño.

Hecho este acuerdo, empezamos. Pero, ya en el segundo turno, el traidor cambió de criterio y comenzó a tomar las uvas de dos en dos. Al ver que rompía el pacto, no me contenté con hacer como él, sino que lo adelanté y pasé a comer las uvas de dos en dos, de tres en tres y como podía.

<sup>14</sup> Situado en la actual provincia de Toledo. Es famoso por sus vinos.

Cuando acabamos, se quedó un momento con el racimo pelado en la mano, como si lo sopesara.

—Lázaro, me has engañado —dijo, meneando la cabeza—. Juraría por Dios que te has comido las uvas de tres en tres.

—No fue así —me defendí yo—. Pero ¿por qué sospecháis eso?

Contestó el astuto ciego:

—¿Sabes en qué noto que las comiste de tres en tres? En que yo las comía de dos en dos y tú callabas.

Me reí por lo bajo y, aunque era un muchacho, aprecié mucho el sabio razonamiento del ciego.

Para no extenderme demasiado, dejo de contar muchas otras cosas graciosas y notables que me sucedieron con este mi primer amo. Solo mencionaré el suceso que causó nuestra separación, y pasaré a otra cosa.

Estábamos en un mesón de la villa de Escalona, y me dio un pedazo de longaniza para que se la asara. Cuando la longaniza soltó la grasa, untó el pringue en una rebanada de pan y se la comió. Luego sacó un maravedí de la bolsa y me mandó por vino a la taberna.

Debió de ser el demonio quien me puso la ocasión delante de los ojos. Y es que, la ocasión hace al ladrón, como suele decirse. Había junto al fuego un nabo largo, pequeño y esmirriado, tan maltrecho que no servía para la olla, y seguramente por eso lo habían tirado allí. Estábamos los dos solos. Yo tenía el apetito goloso, porque había aspirado el sabroso olor de la longaniza, de la cual

solo sabía que tenía que comérmela como fuese. De modo que, sin pensar en lo que podría sucederme, dejé a un lado el temor para satisfacer mi deseo.

Mientras el ciego sacaba el dinero de la bolsa, cogí la longaniza del asador, donde seguía ensartada, y en su lugar puse muy deprisa el nabo.

El ciego me dio el dinero para el vino, tomó el asador y empezó a darle vueltas al fuego, empeñado, sin saberlo, en asar aquel nabo, que por sus defectos se había librado de ser cocido.

Fui a por el vino y tomé algún trago para acompañar la longaniza. Cuando volví, encontré al ciego a punto de morder el nabo, que sostenía entre dos rebanadas de pan. Al parecer no había descubierto la sustitución, porque aún no había tocado el nabo con la mano.

Se llevó las rebanadas a la boca y las mordió, convencido de que mordía también parte de la longaniza, pero se quedó helado al masticar el nabo.

—¿Qué es esto, Lazarillo? —me preguntó, malcarado.

—¡Pobre de mí! —le contesté—. ¿Acaso queréis acusarme de algo? ¿No vengo de traeros el vino? El cambio tiene que haberlo hecho alguien que andaba por aquí.

—No, no —dijo él—, porque en ningún momento he soltado el asador de la mano. Es imposible.

Volví a jurar y a perjurar que era inocente de aquel cambio, pero me sirvió de poco, pues nada escapaba a la astucia del maldito ciego. Se levantó, me agarró la cabeza y se acercó para olerme. De-

bió de olfatear el rastro, como buen perro de caza, porque, para asegurarse, me sujetó la cabeza con las manos, me abrió la boca más de lo normal y metió la nariz sin ningún miramiento. Tenía la nariz larga y afilada, y como además le había crecido un palmo con el enojo, la punta me llegaba a la garganta.

Como había pasado poco tiempo, la maldita longaniza aún no había llegado al estómago. Eso, el gran miedo que le tenía y el roce de su descomunal nariz, que casi me ahogaba, todas esas cosas se juntaron y fueron causa de que la golosina que le había quitado volviese a su dueño.

De modo que, antes de que el mal ciego sacase su trompa de mi boca, mi estómago sintió tal alteración, que el objeto del hurto retrocedió y le dio en la nariz. Y ambas, la nariz descomunal y la longaniza negra y mal masticada, salieron al mismo tiempo de mi boca.

¡Oh, gran Dios! Hubiese preferido estar sepultado en aquel instante, porque muerto ya estaba. Tan grande era el coraje del perverso ciego que, si la gente no hubiese acudido atraída por el ruido, creo que me habrían encontrado sin vida.

Me sacaron de entre sus manos, que se quedaron con los pocos cabellos que me quedaban, y que me había arrancado. Yo tenía la cara toda arañada, y el cuello y la garganta cubiertos de rasguños. En cierto modo, mi garganta merecía el maltrato, pues la gula era la causante de tantas persecuciones.

El mal ciego contaba mis desdichas a todos los que se acercaban, y les repetía una y otra vez el episodio del jarro, el del racimo y ahora el del

nabo. Tanto se reían todos, que cuantos pasaban por la calle entraban a ver la fiesta. Y el ciego contaba de nuevo mis hazañas, con tanta gracia que, aunque yo estaba tan maltratado y lloroso, pensaba que para ser justo debía reírme también.

Mientras esto pasaba, llegué a la conclusión de que había cometido una cobardía y una debilidad al haberle dejado la nariz en su sitio. El caso era que había tenido la ocasión de hacerlo y llevaba la mitad del camino andado, porque con solo apretar los dientes que me quedaban se la habría arrancado, y acaso mi estómago la habría retenido mejor que la longaniza, con lo que nadie hubiera podido acusarme de nada. ¡Ojalá lo hubiese hecho, que las consecuencias no habrían sido muy distintas!

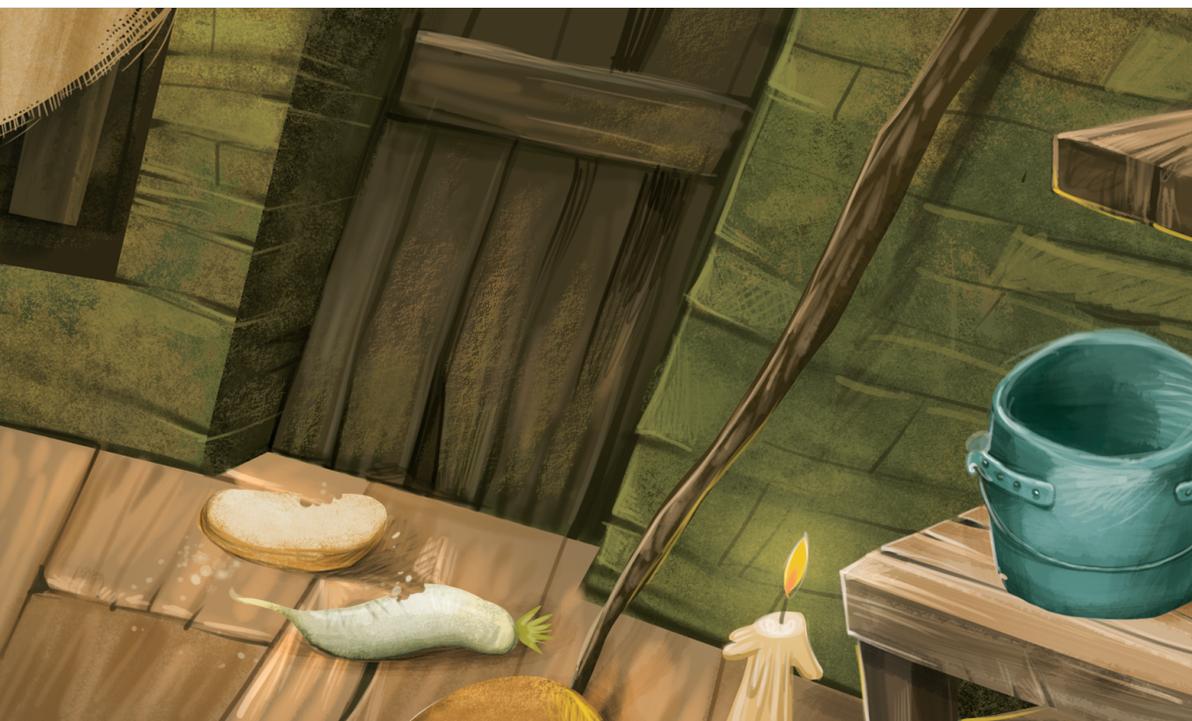


La mesonera y los que allí estaban se hicieron muy amigos nuestros. Con el vino que yo había traído me lavaron la cara y la garganta, lo que daba lugar a las bromas del ciego.

—En verdad, este mozo gasta más vino en lavatorios al cabo de un año, que el que yo me bebo en dos. Bien puedes decir, Lázaro, que le debes más al vino que a tu padre, porque él te engendró una vez, pero el vino te ha resucitado mil veces.

Y luego contaba en cuántas ocasiones me había descalabrado y arañado la cara, y cómo me curaba con vino.

—Yo te digo —añadió— que si un hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con el vino, ese serás tú.



Eso hacía reír mucho a los que me lavaban, aunque yo protestaba. Pero ahora sé que el ciego acertó en su pronóstico, y desde entonces me he acordado muchas veces de aquel hombre, que sin duda debía de tener espíritu de profeta, porque lo que aquel día me dijo fue luego bien cierto, como vuestra merced leerá más adelante.

En vista de las burlas y del maltrato, que iba a más, tras el episodio del nabo, decidí dejarlo para siempre.

La cosa fue así. Al día siguiente salimos por la villa a pedir limosna. Había llovido mucho la noche anterior, y aún seguía lloviendo. El ciego andaba rezando bajo unos soportales donde no nos mojábamos. Pero, como la noche se nos venía encima, y no dejaba de llover, me dijo:

—Lázaro, esta agua es muy testaruda, y a medida que oscurece, cae con más fuerza. Conviene que volvamos a la posada.

Para hacer aquello teníamos que pasar un arroyo, que había crecido bastante a causa de la lluvia.

—Tío —le dije—, el arroyo va muy ancho. Pero, si queréis, busco un lugar para pasar sin mojarnos. ¡Ah, ya lo tengo! Por allí se estrecha mucho, y de un salto podemos cruzarlo a pie seco.

Le pareció un buen consejo y me dijo:

—Eres listo, Lázaro. Por eso te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se estrecha, que ahora es invierno y el agua me sienta mal, porque está fría y no me conviene andar con los pies mojados.

Al ver la ocasión de cumplir mi deseo, lo sa-

qué de debajo de los soportales y lo llevé derecho ante un pilar de piedra que hay en la plaza, que sostiene los saledizos de las casas, y le dije:

—Tío, este es el paso más estrecho del arroyo.

Llovía con fuerza, y el triste ciego se mojaba. Con la prisa que teníamos de llegar a cubierto, y sobre todo porque Dios le cegó en aquella hora el entendimiento para que yo pudiera vengarme, me creyó y dijo:

—Lázaro, ponme bien derecho y salta tú primero.

Yo le puse bien derecho frente al pilar. Di un salto y me coloqué detrás, como quien espera la embestida de un toro, y le dije:

—¡Vamos, saltad todo lo que podáis y llegaréis a esta orilla!

Aún no había acabado de decirlo, cuando el pobre ciego dio un paso atrás para tomar impulso y dar un salto mayor. Luego, arremetió con toda su fuerza y se dio de cabeza contra el poste. El golpe sonó tan recio, como si hubiera dado con una gran calabaza, y él cayó hacia atrás, medio muerto y con la cabeza partida.

—¿Cómo? ¿Olisteis la longaniza y no el poste? ¡Oled, oled ahora! —le dije.

Lo dejé en las manos de la gente que había ido a socorrerlo, y salí corriendo por la puerta de la villa. Antes de que cayese la noche, llegué a Torrijos.

No supe más de lo que Dios le hizo al ciego, ni me preocupé de averiguarlo.